

2 • Platón

El Ideal Filosófico

1> Platón vs. Homero

La influencia de Homero en los ideales formativos culturales Griegos y su subsiguiente desarrollo apenas puede ser exagerado. Dejó su marca, comenzando muy temprano en la historia Griega, sobre cada generación de Griegos hasta el florecimiento final de la cultura Griega en el período Helenístico. La confesión de Platón en su *República* (595 c), “He tenido una especie de fascinante admiración por Homero desde que era yo muy joven”, es un sentimiento que sin duda era cierto con respecto a todos los Griegos, no solamente en los días de Platón sino a lo largo de la historia antigua Griega.¹ Posiblemente ningún Griego que tuviera un meridiano sentido de su propia identidad cultural podía sentir que Homero fuese alguien extraño para él. ¡Homero era la fuente de todo lo que él creía! Los poemas épicos de Homero eran las herramientas principales en la educación de la juventud, como testifica Platón. Los Griegos en todas partes, y en todas las épocas, no podían pensar con respecto a sí mismos como Griegos sin Homero.

Por lo tanto, puede parecer sorprendente que, a pesar de su singular importancia y enorme popularidad, Homero, y la poesía en general, llegaron a estar bajo ataque sostenido y letal desde el interior mismo de la cultura. Específicamente el ataque provino de aquel sector del pensamiento Griego representado por la filosofía y, además, el hombre clave en el asalto no fue otro sino Platón. ¿Por qué es esto así? El asunto no descansa en las perspectivas personales de Platón acerca de la poesía en general o los poemas épicos de Homero en particular. Es mucho más que una disputa con Homero sobre la estética de su estilo poético. Para Platón, el asunto giraba en torno a la diferencia entre la sustancia o contenido de la poesía, la de Homero en particular, y la sustancia de la filosofía.

De acuerdo con los pensadores más modernos la diferencia entre Platón y Homero es la diferencia entre la ciencia y la religión, la razón y la fantasía, la verdad y la ficción; en una palabra, entre la filosofía y el mito. El mundo de Homero era un mundo fantástico en el que el hombre primitivo explicaba la vida como arbitrariamente invadida por agentes sobrenaturales imaginarios quienes caprichosamente determinaban todo lo que le afectaba. Debido a que carecían de un verdadero entendimiento de las causas de los eventos el hombre en los días de Homero ignorantemente suponía que los incidentes que le afectaban eran debidos, en parte, a poderes divinos invisibles en los que ingenuamente creían. Platón, así reza la explicación, quebró con estas creencias supersticiosas y buscó trazar las causas de los acontecimientos en el mundo del hombre a

1. Todas las referencias de la *República* de Platón [en la versión en Inglés] son tomadas de la Edición de Robin Waterfield, (New York: Oxford University Press, 1993).

incidencias puramente *naturales* que tienen su base en explicaciones enteramente *racionales*. De ese modo Platón liberó la mente de la credulidad y la ignorancia, de creer en el disparate de seres sobrenaturales. Se alega que la ciencia y la tecnología Occidental tuvieron sus inicios a partir de esta liberación.

Aunque esta explicación moderna contiene una pizca de verdad, todavía el conflicto entre la filosofía y la poesía fue mucho más que una contienda entre ciencia y religión, o la razón y el mito. Fue una disputa entre dos diferentes *religiones*, dos diferentes *mitos*, dentro de la misma perspectiva de pensamiento cultural. Platón y Homero, debido a que pertenecían al mismo mundo humanista de ideales Griegos, compartían la misma visión de la realidad. La perspectiva de Homero centrada en el hombre no era algo contra lo cual Platón se opusiera. La idea de que el hombre pudiera levantarse como un héroe y redimir su existencia no estaba en duda para Platón. Que el orden pudiese de alguna manera triunfar sobre el desorden era una visión que él igualmente compartía con Homero. ¿Cómo entonces debemos explicar el virulento ataque de Platón contra la poesía y contra Homero? La respuesta estriba en la batalla entre dos diferentes puntos de vista *humanistas*. En la mente de Platón Homero no desarrolló una explicación completamente *humanista* del hombre y de la sociedad, y de la naturaleza del orden y el desorden. ¡Homero hizo la

vida demasiado dependiente de los dioses! es decir, de factores externos o no humanos que en última instancia estaban más allá del control del hombre. Puesto que Platón quería al hombre totalmente en control de sí mismo y de su sociedad, creía que debía refinar el humanismo heredado de la cultura Homérica en la cual el hombre vive por un orden que es mayormente el producto de agentes invisibles desconocidos *externos* a uno en el cual el orden sea claramente visto solamente como el resultado del empeño humano. Este no es ningún cambio de la religión a la ciencia. Es el intento por establecer la religión del humanismo sobre un fundamento más seguro.

El ataque de Platón, lejos de ser un ataque contra el estilo poético, fue un ataque contra el mismo Homero como el portavoz universalmente aceptado de los ideales humanistas Griegos. Platón sabía que Homero era reconocido como más que un gran artista; él era considerado como “el educador de los Griegos”. La cosmovisión humanista Griega fue formulada por Homero, quien era la fuente de la *revelación* que integraba la visión cultural Griega. Como Havelock señala, Homero “controlaba la cultura en la cual vivía por la simple razón de que su poesía se había convertido y permanecía siendo la única versión autorizada de opinión importante.”² Es al *control* de la cultura ejercido por Homero al que Platón se ha pro-

2. Havelock, *Prefacio a Platón*, p. 145.

puesto desafiar. Su autoridad en la formación de cultura ha de ser derrocada, y su rol como educador de los Griegos ha de ser transferido a Platón. Platón, es decir, la *filosofía*, debe volverse la nueva “versión autorizada de opinión importante”. Platón creía que la educación Homérica no enfatizaba suficientemente la “facultad racional en la cual solamente reside la esperanza de la salvación personal y también de la seguridad científica.”³

El comentario de Havelock, aunque útil, requiere un poco más de aclaración. Primero, el uso de la expresión “facultad racional” es un prejuicio de la psicología moderna. Platón no simplemente luchaba contra una *facultad* de la mente contra otra. Para él, el punto era el concepto de la mente *como tal*, y el rol central que ésta debe jugar en la batalla fundamental por el orden en contra del caos. Segundo, esta es la razón por la cual, como Havelock correctamente señaló, el reemplazar la poesía con la filosofía era, para Platón, un asunto de “salvación personal”. La idea de Homero de *salvación* por medio de los dioses no era salvación del todo. Platón hacía al hombre dependiente solamente de sí mismo y ya no más de algo o alguien externo a él. Para Platón el orden establecido por los dioses no es uno que pueda garantizar absoluta certeza para el hombre, es decir, que le pueda proveer “seguridad científica”. En tanto que el hombre permanezca dependiente de los dioses se

encuentra a merced de fuerzas que, debido a que son desconocidas, no pueden ser controladas o no se puede confiar en ellas. El orden del Olimpo debe ser reemplazado por un orden auto-generado, que surja de las profundidades del propio ser del hombre. La fuente de ese orden debe hallarse en la mente o en el alma, es decir, en la *razón* y en ninguna otra parte.

La pregunta fundamental para los Griegos, recordamos en el capítulo anterior, era “¿cuál es la explicación del orden?” Y relacionada con esta pregunta había una segunda, “¿cuáles son las causas del desorden?” El deseo de resolver estas cuestiones, lejos de ser abstracto o académico en su naturaleza, estaba vinculado a la creencia de que al conocer las respuestas de ellas el hombre estaría entonces en posición de tomar control de su vida y ser capaz de edificar una cultura y una civilización que promovería y aseguraría la mejor vida posible para el hombre. La necesidad de hacer esto no podría ser un asunto de indiferencia o negligencia. Identificar el fundamento del orden era visto con la más grande urgencia, pues la *salvación* del hombre del caos y la barbarie dependían de esto. Sin la clave para el orden el hombre vive constantemente bajo la amenaza del desorden.

Desde una perspectiva Cristiana el deseo en el hombre, sea pasado o presente, de conocer las causas del orden y el desorden no es algo que el hombre inventara por

3. Havelock, p. 26.

sí mismo. Estaba en la naturaleza del hombre, como fue primero creado, poseer una inclinación interna por conocer el orden del mundo en el cual vivía. El hombre estaba profunda e inextirpablemente dotado por su Creador con la necesidad de entender la verdad acerca de sí mismo y de su entorno externo. Pero también se le hacía muy claro que podría conocer la verdad en cuanto a esto solamente en tanto que actuara en obediencia a su Creador. Si desobedecía sería castigado y su conocimiento le sería retirado. El hombre, de hecho, desobedeció. Y su desobediencia provino de haber escuchado (e.d., *obedecido*) a otra voz diferente de la de Dios, la voz de un aspirante a dios, cuyas explicaciones eran falsas, en realidad, mentiras. Debido a que el hombre escogió escuchar a esa otra voz su castigo lleva la marca de la esclavitud a esa otra voz y sus mentiras. Al mismo tiempo esa otra voz proclamaba que el hombre podía ser su propia autoridad en lo relacionado a todas las explicaciones concernientes a sí mismo y a su vida en el mundo. Bajo su influencia el hombre ha llegado a creer que la fuente de la verdad yace dentro de sí mismo.

El hombre cayó en el engaño y su vida y su mundo fueron maldecidos. La Escritura habla del hombre como un ser que ha caído en el pecado y con respecto a su mundo afirma que fue reducido, como resultado de la caída, al desorden. Por esto solo el hombre es responsable. Lo que es más, el hombre no está en posición de corregir el

problema por sí mismo. El hombre se ha tornado confundido, no entiende más la verdadera explicación del orden, ni tampoco admite que las causas del desorden residen en su rebelión ética contra el único Dios verdadero. Pero, porque permanece siendo hombre, creado a la imagen de su Hacedor, no puede escapar a la necesidad de conocer la verdad acerca del orden y el desorden. Los antiguos Griegos son un testimonio del deseo innato del hombre caído por resolver este problema, pero su deseo de conocer la verdad en este respecto es una manifestación de la confianza del hombre caído de que él puede descubrirlo por sus propios medios y así proclamar sus propios esfuerzos como la solución.

La principal contribución de Homero a esta ambición *humanista* puede encontrarse en su intento por explicar las “causas del desorden” lo mismo que las bases del orden, como solamente posible “bajo los dioses.”⁴ En una forma esto es lo que debe esperarse de hombres que estaban bastante al inicio de la historia de la raza, pues en estas fechas tempranas el sentido de dependencia con el cual el hombre había sido creado para vivir bajo la autoridad de Dios no iba a ser fácilmente eclipsado de su conciencia. Mientras que el hombre deseaba ser el punto de la verdad en todas las cuestiones que fueran pertinentes a su vida y el mundo, mucho, sin embargo, eludía su intento de comprensión y

4. Voegelin, *El Mundo de la Polis*, p. 71.

la experiencia del desorden parecía demasiado grande para que el hombre la controlara por sus propios medios. Si existía algún orden parecía como algo que llegaba a él desde el exterior. Algún poder o poderes más grandes que el hombre debían ser responsables. Sin embargo, el orden no llegaba totalmente hecho de los dioses. También sus acciones eran a veces las causas del desorden. De alguna forma el hombre y los dioses deben operar juntos para dar forma al orden. Homero nunca afirmó o quiso decir que el orden viniera de los dioses mientras que el desorden venía del hombre. Sus dioses no eran absolutos. En algún sentido también el hombre debe ser la fuente del orden, aún cuando en un sentido él era responsable por el desorden. Pero Homero no se podía imaginar que cualquier hombre pudiese realizar tarea tan exaltada; su mundo de pensamiento requería que grandes hombres, *héroes* dotados con atributos *divinos*, fueran los líderes naturales en la batalla por salvar al hombre del abismo del caos. En el desarrollo intelectual Griego posterior la noción de Homero del rol de los heroicos agentes humanos continuaría para inspirar el pensamiento, pero su conexión a un mundo invisible de divinidades llegaría a estar bajo severo ataque. Para completar este ataque la naturaleza de la acción heroica tendría que ser transformada. Esto, no el impulso de la *ciencia*, inspiró el ascenso de la filosofía. O, más bien, la filosofía y la ciencia Griegas estaban saturadas con un profundo motivo religioso.

Así, mientras Homero hablaba del orden como algo que involucraba a los *dioses* en su establecimiento, también estaba ocupado en mostrar que el hombre también era necesario. Este componente *humanista*, históricamente una parte de los tempranos ideales Griegos, no satisfizo a los pensadores Griegos posteriores quienes comenzaron a depurar todas las rasgos de su visión del mundo que no dejara los asuntos exclusivamente bajo el control del hombre. Todos los Griegos creían que el orden debía ser *divino*, pero el orden divino tal y como fue explicado por Homero era insuficiente en sí mismo para revelar aquel orden al hombre quien debía él mismo *interiormente* comprender y reconstruir ese orden, haciendo de esta manera al *alma* la verdadera fuente del orden. Es más, Homero no explicó las causas del desorden de manera que el hombre pudiera conocer sus principios. Sin un apropiado entendimiento del desorden sería imposible presentar la explicación del orden en contraste con éste. Ningún *evangelio* de salvación podría ser proclamado contra el caos y la degeneración si uno no sabía sus causas exactas. Con Homero el pensamiento humano aún no había alcanzado *autonomía*, es decir, no había aún alcanzado la etapa de independencia hasta dejar solamente los motivos auto-justificantes. El pensamiento humano todavía no era la única fuente de toda verdad acerca de sí mismo y su mundo. Si vamos a entender cualquier cosa con respecto a la filosofía Griega, especialmente a Platón, debemos reconocer que, fundamental

a la *salvación* del hombre y la sociedad es la creencia de que la “restauración del orden podía solamente provenir del alma que se hubiese *ordenado ella misma* al estar en armonía con el estándar divino.”⁵

Se ha dicho que “el hombre Homérico no ha despertado al hecho de que posee en su propia alma la fuente de sus propios poderes [sino que, en lugar de ello] recibe estos poderes como una ... donación de los dioses.”⁶ Homero no captó el rol del *logos*, la razón, que, de acuerdo a la filosofía, es la naturaleza esencial del alma. Él miró solamente las *pasiones* tanto de dioses como de hombres, que ninguna podría ser explicada de acuerdo a algunos estándares de conducta racional. El único motivo controlador era, como antes mencionamos, la necesidad de recibir honores. Pero esto no era algo parecido a una verdad absoluta en Homero, o un principio inviolable de conducta. Ambos, hombres y dioses están poseídos por esta ambición, pero no representa un estándar universal de conducta justa. En consecuencia, ningún poder interno o mental actúa ya sea en el hombre o en los dioses para capacitarles para ver o adherirse a un invariable orden de cosas. Siendo esto así, la filosofía estaba obligada a preguntarse, ¿por qué debían los hombres ver hacia los dioses como una ayuda *superior* para obtener orden para sus

vidas? Si el hombre no tiene el poder en su propio ser interior para construir orden, justicia y una común vida social para el hombre, y los dioses también carecen de ello, ¿por qué debiese esperar alguna ayuda de los dioses? Y si el hombre tiene el poder, como la filosofía llegó a creer, ¿por qué serían necesarios los dioses? En ningún punto los dioses constituyen un orden *trascendente*, y por ende, en una regla definitiva para el propósito y la acción humanas. Pero si el hombre necesita algún estándar de acción, ¿dónde debe ser encontrado? Si no proviene de los dioses, solo puede venir del hombre. El concepto de Homero del héroe produjo el primer estándar en los ideales Griegos. A partir de su gran auto-estima y deseo por alcanzar la gloria ellos proveen un modelo con el cual el hombre puede relacionarse e imitar. Pero los héroes de Homero, carentes del *logos*, no entienden que el orden debe primero ser comprendido por la mente antes de que pueda ser alcanzado por medio de la voluntad para actuar. Esto es lo que la filosofía busca clarificar.

Platón realizó su ataque sobre Homero principalmente en los Libros III & X de su *República*. Al principio de esa obra Platón hace que Sócrates, su portavoz, se empeñe en definir cuál se considera que es la pregunta más importante relacionada con el orden, la cuestión de qué es la justicia. A menos que pueda contestarse esta pregunta con completa satisfacción, todos los intentos por crear un mundo en el que el hombre

5. Voegelin, *El Mundo de la Polis*, p. 43. (énfasis del autor).

6. Snell, *El Descubrimiento de la Mente*, p. 21.

viva, cree él, están condenados de antemano al fracaso. Sócrates propone que la mejor manera de descubrir la respuesta a esta pregunta debe residir en un intento por edificar una comunidad social, pues solamente entonces será posible ver lo que la justicia es verdaderamente. La justicia, el apropiado ordenamiento de la vida, puede existir en la sociedad humana, pero no solo en cualquier sociedad, solo cuando sea concebida la mejor clase de sociedad. Ese tipo de sociedad se hace posible cuando se muestra una clara y necesaria distinción entre gobernantes y gobernados. La justicia, en el pensamiento Platónico, es más un asunto de organización y planificación social que de ley o principio. Entonces, todo depende completamente de fomentar la relación adecuada entre aquellos que debiesen ser los amos naturales y aquellos que debiesen ser los esclavos naturales. Algunos hombres, de acuerdo con Platón, son por naturaleza los hombres adecuados para dar órdenes, mientras que otros, por la misma razón, son más idóneos para obedecer. La justicia será encontrada cuando los mejores y los más sabios sean puestos a cargo de todos los demás.

Sin embargo, Platón creía que era más que un asunto de colocar a los hombres correctos por naturaleza a cargo de la comunidad, pues este tipo de hombres no aparecen de la nada. Más bien, se necesitaba la filosofía para asegurarse de que lo que la naturaleza produjera fuera propiamente cultivado para la tarea de gobernar. En conse-

cuencia, estos hombres, a quienes llamó la clase guardiana, deben también someterse a una rigurosa educación, de manera que gobiernen por la razón de una perspicacia superior para ver el bien en el todo y no solamente por la razón de la fuerza bruta. En otras palabras, su gobierno debe estar de acuerdo con el conocimiento, no meramente de acuerdo con la amenaza de la violencia. Presumiblemente tampoco debe redundar en su propio engrandecimiento, más bien debe ser ejercido para el bien de la sociedad. Es decir, deben regir a favor del estado y no de intereses privados. Entonces, la pregunta es, ¿cómo deben ser educados? ¿Qué modelos deben seguir para moldear sus acciones? En este punto el núcleo del asunto entre Platón y Homero toma la primera fila. Homero y los poetas habían sido aceptados desde hacía mucho como los *educadores* de los gobernantes. En la *República*, que es el tratado de Platón sobre la educación de los gobernantes, tiene la intención de mostrarles que han fallado en educar a los gobernantes para desempeñar su rol apropiadamente alegando que los modelos tradicionales que usaron no dirigían a un correcto entendimiento del estado ni inspiraba a los gobernantes a amar el estado y su bien por encima de todo bien privado incluyendo el suyo propio. Fueron incapaces de hacer esto porque, de hecho, ellos enseñaron que el honor y la gloria *personal* eran los motivos más elevados por los cuales tanto dioses como hombres podrían posiblemente actuar. Vivir por tales ideales *egoístas* era ofrecernos gobernantes que no

eran mejores que los gobernados cuyo único interés era satisfacer sus sentidos y apetitos. Tal conducta con el tiempo dirige al conflicto y al desmoronamiento del orden. Los gobernantes deben ser educados para vivir y actuar de acuerdo con aquello que yace más allá de lo material y por lo tanto no sujeto al cambio ni la descomposición. Ellos deben vivir y gobernar de acuerdo con las cosas que son percibidas solamente por la mente, es decir, las *Ideas*, o como las llamaba Platón, las *Formas*.

Platón creía que la justicia, es decir, el orden, sería encontrada allí donde los gobernantes fueran apropiadamente educados, por lo tanto no creía necesario educar al pueblo. El estado bien organizado es posible solo cuando el correcto tipo de gobernantes está a cargo. Es irrelevante, aún peligroso, permitir al pueblo cualquier responsabilidad en lo concerniente al estado. Debido a que están mayormente interesados en su propio bienestar material privado no se puede esperar de ellos que adopten una visión desinteresada del bien del estado. Solamente los hombres (y las mujeres) que hayan sido cuidadosamente seleccionados y apropiadamente entrenados para la labor de gobernar sabrán como actuar por el bien del todo, pues ellos habrán sido purgados de todos los motivos subjetivos en el decidir y el actuar, y gobernarán de acuerdo con el conocimiento superior de las Formas.

Para educar a los gobernantes ellos necesitarán “ser ejercitados en el cuerpo y en estudios culturales para la mente.” (*La República*, 376e) Los ejercicios físicos eran secundarios, o así querría Platón que creyésemos. De hecho, solamente los gobernantes estarían en buenas condiciones físicas. Deben ser fuertes y capaces de asumir acciones militares planificadas contra cualquier amenaza. Presumiblemente esa amenaza era exterior. Pero Platón también creía que debía ser usada contra el pueblo mismo de ser necesario. La gente común debe permanecer sin armas y no entrenada para el combate en caso que fueran a rebelarse contra los gobernantes.

También la educación había de ser literaria, es decir, por medio de historias. Platón afirmaba que habían dos clases de historias: las del tipo verdadero y las no verdaderas. (377a) A los gobernantes se les deben enseñar solamente las verdaderas. Homero y todos los poetas han enseñado las del tipo no verdadero. El cargo más serio presentado por Platón es que ellos han provisto “una imagen distorsionada de la naturaleza de los dioses y de los héroes...” (377e) Así que, Platón ataca a Homero por presentar *mentiras* con respecto a aquellos que eran responsables por el mantenimiento del orden y la cultura. Platón deploraba el hecho de que las historias acerca de los dioses les presentaban como inmorales e irracionales, “luchando y en intrigas y batallando los unos contra los otros...” (378c) ¿Cómo podrían

ellos ser modelos de cultura si sus conductas indicaban que también ellos estaban sujetos a las fuerzas del caos y la corrupción? Mostraban que los dioses eran ellos mismos sujetos de *cambio y variabilidad*. Lejos de encontrarse por encima de la temporalidad ellos eran, como los hombres, movidos por los *impulsos más bajos* del cuerpo y las emociones. En Homero, y en todos los poetas, el tiempo y la marcha del mismo tomaban precedencia sobre el reposo y la eternidad. En consecuencia, los dioses no representan estándares permanentes. Los héroes que los imitan son movidos más por intereses *egoístas* que por normas universales, lo que significa que el hombre no está verdaderamente en control de sí mismo o de su mundo. Los hombres serán fácilmente dirigidos por motivos que conducen al conflicto y a las disputas. Por consiguiente, a los gobernantes se les debe enseñar que *Dios* es siempre bueno, es decir, que él nunca cambia y que es siempre lo que él es, es decir, perfecto. (379a & 381b)

Sería fácil concluir que esta disputa entre Platón y Homero era simplemente un asunto de decir las cosas correctas acerca de los dioses como si ambos estuvieran de acuerdo en lo que querían decir con la palabra *dioses*. Pero eso está lejos de ser el caso. Cuando Platón dice que *Dios* debe “ser descrito como él realmente es” (379a), él quiere decir redefinir la naturaleza de la divinidad mientras se continúa usando la palabra tradicional. Pero él no acepta a los dioses, él cree en Dios, es decir, en un mundo invisible de

cosas permanentes que son accesibles solamente a la mente. Dios, en su perspectiva, no cambia y, por lo tanto, es siempre bueno. Es más, no se debe entender que Él sea el responsable por todo, sino solamente de una pequeña porción de las cosas. Como Platón declara, “él y sólo él debe ser tenido como responsable por las cosas buenas ... [y] se debe buscar la responsabilidad del mal en cualquier otro lugar.” (379c) Lo que Platón quiere decir es que el mundo de las Formas, las buenas cosas, no es la razón para la existencia del otro lado de las cosas, es decir, la materia que nos afecta adversamente. Las Formas son permanentes, lo que es decir, eternas, mientras que la materia y la realidad física (las malas cosas) están constantemente sujetas al cambio. Solo el mundo de la mente es bueno, el reino de la materia es siempre malo. Sin embargo, es por medio de las cosas buenas (las Formas) que la materia es traída bajo control y sujetadas al orden y al propósito, por medio de las cosas permanentes que la mente comprende es que el reino cambiante de la materia es sujetado. Los gobernantes, por lo tanto, deben ser educados en las buenas cosas de la mente y aprender a rehuir las cosas del cuerpo y de la realidad material. Entonces aprenderán la manera correcta para edificar y gobernar un mundo perfecto, pues habrán configurado su pensamiento en concordancia con el *Dios* perfecto e incambiable.

Homero explicaba los dioses como si fuesen personas similares a los hombres,

dando de ese modo un atributo personal a todo lo que ocurría en el ámbito de los fenómenos externos.⁷ Platón se deshizo del carácter personal de los dioses y los transformó en un *Dios* impersonal. La batalla por el control de la agenda humanista de los ideales culturales Griegos requería que el único ser *personal* fuera el hombre mismo. Todo lo demás debe ser impersonal para que así el hombre pueda imprimir su personalidad en ello. Platón tenía la intención de ofrecer un nuevo programa educacional para entrenar a los gobernantes, uno que les requiriera actuar en términos de ideas impersonales como el “estándar divino”. Una vez que armonizaran sus almas a esa medida por medio de un riguroso procedimiento dialéctico, intelectualmente se fusionarían con el mundo de las Formas y se volverían uno, y de allí harían realidad por medio de sí mismos a los únicos *dioses* que los hombres necesitarán por siempre.

El ataque de Platón contra Homero y la poesía es la culminación de una larga batalla de la filosofía por tomar el control de la formación de la cultura humanista del mundo antiguo. Lejos de iniciar el conflicto, Platón mismo declara que la oposición entre filosofía y poesía es “una antigua disputa.” (607b) No es una disputa académica, pues los pre-

juicios de las masas están profundamente involucrados. Sus mentes han sido deformadas por las falsas explicaciones de aquellos que, como Homero, los han alimentado con *representaciones* de las imágenes de la realidad pero no con la verdad, no con la realidad misma. La gente escucha a los poetas y creen en lo que ellos dicen porque apelan a lo que es básico y gratificante a sus sentidos y sentimientos, lo que Platón llama “su lado irracional.” (605b) Al hacer esto el poeta destruye la parte racional. Enseñan que el hombre es esencialmente un manejo de respuestas emocionales al mundo alrededor de él y presentan la verdad del hombre y su relación con el mundo como “alejadas de la inteligencia.” (603a, b) La gente es fácilmente engañada por los poetas porque ellos son especialmente hábiles en “hacernos sentir de manera particular sentimientos fuertes.” (605d) Lejos de enseñar a los hombre a elevarse por encima de sus pasiones y sentimientos subjetivos, los cuales se deben a nuestra sensual corporal, los poetas refuerzan los prejuicios de la gente al apelar a sus apetitos y deseos. En consecuencia, los poetas atizan los motivos erróneos, incitando a los hombres a extremos en lugar de enseñarles a estar en control de sí mismos y de su mundo. “Cuando la parte de nosotros que es inherentemente buena ha sido inadecuadamente entrenada en los hábitos prescritos por la razón, relaja su guardia en contra de esta otra parte, la parte que siente...” (606a) En la perspectiva de Platón, “la representación poética... irriga y cultiva estas cosas cuando

7. W. C. K. Guthrie, *Una Historia de la Filosofía Griega*, Vol. I, *Los Presocráticos Tempranos y los Pitagóricos*, (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), p. 26.

debiesen ser dejadas para que se marchiten, y las hacen nuestros gobernantes cuando debiesen ser nuestros súbditos, porque de otra manera no viviremos vidas mejores y más felices, sino todo lo contrario.” (606d) Reemplazar la poesía con la filosofía es un asunto urgente, pues el fundamento del orden, y el bien de la vida del hombre, dependen de ello.

2> Hesíodo y los Comienzos de la Especulación

Antes de que podamos discutir el crecimiento de la filosofía en el período anterior a Platón, aquel de los así llamados Presocráticos, debemos notar que la mente Griega, aún en el apogeo de los poetas, había siempre buscado entender el mundo siguiendo alguna especie de línea racional. Mientras el mundo estaba lleno de dioses, nunca se pensó que la verdad acerca de los dioses, y por lo tanto acerca del orden social humano, fuese un asunto de revelación por parte de los dioses. Por decir lo menos, el poeta se consideraba a sí mismo como poseyendo dentro de sí mismo el poder explicatorio necesario para articular los asuntos como él viera adecuado. Los Griegos, más que cualquier otro pueblo en el mundo antiguo, creían firmemente que la habilidad del hombre para especular sobre la naturaleza de la realidad era esencial a la formación de la verdad y el orden. Aunque la mente Griega era intensamente religiosa su interés más profundo era descubrir la llave a la naturaleza

del cosmos como producto de la introspección racional. Todo en el mundo del hombre, incluyendo los dioses, se debe conformar a la interpretación del hombre. Esto es quizás en ningún otro lugar más aparente que en las obras del otro gran poeta de la antigüedad, Hesíodo.

Aunque no hemos mencionado a Hesíodo, su importancia para los antiguos Griegos (y Romanos) era casi tan grande como la de Homero. Cicerón, por ejemplo, en la *Disputa Toscana*, cuando discute la comparación entre los poetas Romanos y Griegos, y porqué los segundos eran superiores por mucho a los primeros, menciona a Homero y Hesíodo juntos como si fueran iguales en la formación de la poesía Griega, como si, en otras palabras, como Rómulo y Remo, fuesen vistos como cofundadores. Y Platón, quien menciona repetidamente a Homero por nombre, no menciona a otros poetas específicamente excepto a Hesíodo. Lo que es más, Hesíodo es mencionado junto con Homero como si, una vez más, representaran un dúo. Claramente también Hesíodo merece crédito por ayudar a conformar los ideales Griegos.

Aunque Hesíodo también miraba al mundo y al hombre a través del *mito*, es decir, a través de los dioses, hacía esto solo en tanto el mito mismo había sido sistemática y racionalmente organizado. Hesíodo presentaba el mundo de los dioses, no tanto como actores en los asuntos de los hombres, sino

como una especie ordenada de seres vivientes. Los clasificó de acuerdo a sus órdenes colectivas como un biólogo moderno busca clasificar los organismos vivientes. Es más, Hesíodo proveyó algo acerca de lo cual Homero no estaba tan claro, es decir, una explicación del *origen* de los dioses y porqué el orden Olímpico es necesariamente bueno para los hombres. En esto Hesíodo muestra la primera inclinación, en el humanismo que viene evolucionando, de la necesidad no solamente de entender la naturaleza del orden, sino de la creencia de que la solución al problema del orden–desorden depende de que la mente del hombre conozca absolutamente el origen o principio de todas las cosas. No fueron los pensadores Presocráticos quienes primero pretendieron explicar los orígenes; fue Hesíodo. Lo que Hesíodo mostró fue que el hombre podía conocer la verdad de las cosas solamente con los recursos de su propio intelecto. Con Hesíodo comienza la tradición humanista de la creencia en la mente del hombre como capaz de especular en las cuestiones últimas y de saber con confianza los secretos del universo.

Así que Hesíodo, aunque poeta, representa el primer paso en dirección de la filosofía en su intento de discutir el rol de los dioses en una manera abstracta y sistemática. En su *Teogonía* “el mito es sometido a una operación intelectual consciente, con el propósito de remodelar sus símbolos de tal manera que emerja una ‘verdad’ acerca del orden con validez universal.”⁸ En otras pala-

bras, Hesíodo no está simplemente interesado en relatar otra vez los hechos de los dioses y los héroes, más bien da un paso atrás, y por los poderes de su propio intelecto establece la explicación de la verdad última en una fórmula propicia a la razón del hombre y de acuerdo con sus necesidades. Puede entenderse cuán importante es esto a partir del interés personal de Hesíodo en la victoria del orden Olímpico de los dioses sobre las divinidades antiguas de la naturaleza, un triunfo de la *dike* (justicia) y del orden ético sobre el salvajismo y la crueldad demoníaca representadas por los Titanes. El orden final del mundo, ganado en la guerra por Zeus y sus seguidores, representa un cosmos y es una retribución contra las fuerzas del caos y la oscuridad sea que se levanten de los dioses o de los hombres. En consecuencia, Hesíodo puede con confianza usar la amenaza de la venganza trascendente contra su hermano que le ha estafado su propiedad.

Este primer paso en dirección de la filosofía no fue una cuestión de torre de marfil, sino que derivó de un urgente deseo por establecer un mundo en el que el hombre fue capaz de encontrar la llave al orden ético y social, y ofrecer una garantía contra las fuerzas del caos ejemplificadas por las injusticias y desaciertos que los hombres experimentaban por parte de otros hombres. La importancia de Hesíodo yace en haber facul-

8. Voegelin, *El Mundo de la Polis*, p. 126.

tado el intelecto del hombre como el medio principal por el cual la naturaleza del orden y el desorden podía ser interpretada, y así elevó al hombre por encima de la necesidad de recurrir a la fortuna y le colocó en posición de definir por sí mismo la realidad que solo él podía consentir y a la que se sometería. Después del *orden de los dioses* Hesíodo estableció *el orden de la mente*. Se volvería la tarea de los pensadores de Mileto continuar esta línea de desarrollo.

3> *Los Presocráticos: Re-ubicando lo Divino*

En los orígenes del pensamiento especulativo Occidental, aún cuando tentativo, puede ser trazado hasta los poetas Griegos, Hesíodo especialmente, sin embargo no fue sino hasta el surgimiento de la temprana filosofía Griega, se nos dice, que sus verdaderas dimensiones comenzaron a aparecer. Los Presocráticos, aquellos así llamados primeros naturalistas Griegos, fueron los primeros en explicar los misterios del mundo completamente en términos racionales. Se dice que descubrieron los principios de la razón que nos han capacitado para conocer con seguridad la uniformidad de la naturaleza y las causas de los eventos, en lugar de, como sus ancestros supersticiosos, atribuirlos a las voluntades caprichosas de agentes sobrenaturales. Ya no aceptarían más una explicación de la razón para el orden que no fuera otra que lo observable a la percepción de los sentidos y explicable por el intelecto del hombre. Ellos hablaban del reino de la

naturaleza como un reino autónomo. Es decir, “la naturaleza iba a ser explicada en términos de la naturaleza misma, y en términos impersonales en lugar de usar medios como dioses y diosas personales.”⁹ Es más, “Es el reconocimiento de que los fenómenos naturales no son el producto de influencias fortuitas o arbitrarias, sino regulares y gobernados por secuencias determinables de causa y efecto.”¹⁰

Esta explicación del surgimiento de la filosofía es ahora la explicación estándar. El reemplazo de los dioses hechos por el hombre con un mundo que tiene algunas bases en la lógica, gobernado por principios que la mente puede conocer con precisión y exactitud, es universalmente aceptado como el primer paso en dirección del conocimiento y la ciencia Occidental, y el fundamento de su cultura intelectual. Por todas partes se coincide que el pensamiento Griego temprano se derivó del deseo de liberar al entendimiento de las garras de las fábulas y leyendas religiosas, las causas básicas del temor irracional y la credulidad opresiva, la ruina de la humanidad. Los primeros pensadores Griegos, impulsados por una aspiración recientemente

9. Richard Tarnas, *La Pasión de la Mente Occidental: Entendiendo las Ideas que han Conformado Nuestra Cosmovisión*, (New York: Ballantine Books, 1991), p. 20.

10. G. E. R. Lloyd, *Ciencia Temprana Griega: de Tales a Aristóteles*, (New York: W. W. Norton & Company, 1970), p. 8.

despertada por conocer las obras del mundo como una faceta intrínseca del interés humano, colocaron al hombre Occidental en el curso del progreso y la civilización, del cual nosotros hoy somos los herederos y beneficiarios.

Esta explicación del surgimiento de la filosofía Griega, aunque posee un ápice de verdad, no debiese ser vista como producto de la curiosidad normal del hombre por entender el porqué las cosas son como son u operan en la forma en que lo hacen. Por otra parte, fue más que una simple batalla entre la ciencia y la religión. Su interés era transferir el punto del *poder que causa orden* de los dioses a la mente del hombre, de manera que la mente del hombre se vuelva la fuente del orden y sea capaz de gobernar la realidad según los principios innatos que se encuentran solo en el poder de razonamiento del hombre. Ningún orden puede verdaderamente existir, enseñaban ellos, hasta que el poder de la lógica humana descubre ese orden ante la mirada escrutadora del hombre. Claro, el pensador Griego a menudo imagina que deriva sus principios de una fuente *externa* a la mente del hombre, de cosas tales como las que Platón llamó posteriormente las *Formas* o *Ideas*. Se alegaba que estas entidades inateriales existían en realidad y no solamente en la mente. Pero permanecieron por mucho tiempo ocultas de la vista, detrás del exterior material y del fenómeno sensible, hasta que el filósofo penetró su esencia interna y mostró que eran la conclusión de su

razón. El control del hombre sobre su mundo dependía de una comprensión teórica de estas *ideas*, pues se pensaba que ningún *poder* sobre la naturaleza era posible sin la total comprensión de la esencia invisible de todo lo que existe. En la superficie, el orden parecería estar en el mundo, pero ningún orden tiene alguna utilidad a menos y hasta que sea hecho correlativo a la razón del hombre. Los Presocráticos transfirieron la *divinidad* de los dioses al hombre, pero no simplemente al hombre en general, ¡sino más bien al hombre intelectual y filosófico! La ciencia no significaba libertad de la religión, sino una nueva religión del hombre intelectual quién reemplaza a los dioses y ordena la realidad según su razón.

Los precursores de Platón (y Aristóteles), los fundadores del pensamiento humanista Occidental, habitaron las márgenes oriental y occidental del antiguo mundo Griego. Los Griegos, quienes vivían cerca del mar, eran un pueblo audaz y colonizador. La historia registra que a menudo fueron restringidos por el espacio y de esta forma compelidos a dispersarse en el extranjero para encontrar más espacio habitable. Se movilaron tanto en dirección oriental como occidental y fundaron nuevas ciudades en riberas distantes. Sin embargo, continuaron manteniendo contacto con la patria y retuvieron su identidad Griega. En estas riberas opuestas la civilización Griega primero se estableció y luego floreció. También, fue aquí que el amor de los Griegos por *nuevas ideas* tam-

bién comenzó a despertar. Comenzando con los Jonios (Este), pero pronto seguidos en lo sucesivo por confiados innovadores en el sur de Italia (Oeste), la filosofía eventualmente reemplazó a los dioses como la fuente del orden en el mundo.

En Jonia, en las riberas de Asia Menor, los pensadores de Mileto fueron los primeros en procurar una explicación del mundo como debido enteramente a causas naturales.¹¹ Sus nombres son Tales, Anaximandro y Anaxímenes. Todos se conocían entre sí, pues cada uno fue el maestro del siguiente. Tenemos entonces en estos pensadores de Mileto algo como una escuela de pensamiento. En sus días Mileto era una metrópolis próspera y acaudalada, la ciudad líder de su día, seguida por Efeso. Tenía amplios contactos, extendiéndose desde Mesopotamia y Egipto al Sur de Italia y más allá. Como un centro de comercio tenía fácil acceso a bienes y recursos materiales del interior del país los que embarcaba al extranjero. Su magnífico puerto la había transformado en el más grande punto de exportación – importación en la costa de Asia Menor. Pero era también una ciudad líder en el área de la manufactura cuyos productos terminados eran la envidia de las naciones.

Igual que en todas las ciudades Griegas de su época, sus ciudadanos dirigentes

eran aristócratas. Sin embargo, en lugar de vivir el ideal caballeroso tipificado por la audiencia de Homero, la aristocracia de Mileto se había enamorado del lujo y las comodidades materiales. Aunque continuaron dominando los asuntos públicos una creciente ciudadanía burguesa, cuya riqueza les daba una voz más grande en el gobierno, ayudó a quebrantar la mentalidad tribal de los primeros siglos y a aflojar el asidero de poder y prestigio que estuvo por largo tiempo asociado con las rígidas divisiones de clases. Estas transformaciones políticas y sociales a su vez impulsaron cambios en el nivel de las costumbres y creencias tradicionales, dando lugar a una nueva mentalidad más abierta y a un escepticismo con respecto a los dogmas oficiales de la religión de la ciudad. Para muchos la riqueza visible de la ciudad y el alto estándar de vida eran vistos como el resultado de la iniciativa y la energía humana. En este contexto, no es de sorprenderse, la religión tradicional declinó y una prevaleció actitud más mundana y materialista. Cuando llegó el tiempo para los nuevos pensadores, hombres provenientes originalmente de las clases aristocráticas, de analizar la situación naturalmente tendieron a reflexionar menos en el rol de los dioses y más en el mundo de la naturaleza que obviamente había cedido su riqueza y secretos a la labor e ingenio humanos. Al mismo tiempo la nueva riqueza suplía la oportunidad para el ocio y así pensar y reflexionar en la naturaleza de las cosas y en el hombre quien ha

11. Las ideas de los pensadores de Mileto se deben encontrar en la *Metafísica* de Aristóteles, Libro A.

ejercitado su propia habilidad y ha producido tal riqueza.

“La filosofía y la ciencia” declara Guthrie, “comienzan con la vívida confesión de fe que ningún capricho sino un *orden* inherente subyace en los fenómenos... la explicación de la naturaleza se ha de buscar dentro de la naturaleza misma.”¹² Este comentario, aunque perniciosamente moderno, sin embargo resume hábilmente la nueva actitud que los humanistas Griegos, comenzando con Tales, estaban habituados a proclamar. En esta perspectiva uno puede observar que a cambio de la *fe* en los dioses como la fuente del orden ha sido sustituida por una nueva fe en un orden *inherente*, uno que no necesita personalidades extra-humanas para ser posible. Es orden que es no-personal y totalmente desconectado de las decisiones o voluntades de una mente ordenadora, al menos de cualquier mente que no sea la del hombre. La naturaleza, en esta perspectiva, obtiene su orden de la naturaleza y de ninguna otra parte más. Esta es la parte que al hombre moderno le gusta enfatizar más en los Presocráticos, la naturaleza como auto-ordenante. Es más, el orden natural es inherentemente inteligible, lo que capacitó a la naturaleza a ser vista como un orden que podía ser racionalmente penetrado por la mente del hombre. Los filósofos Griegos podían continuar hablando del

orden como *divino*, pero divinidad en este sentido era una fórmula teórica y completamente abstracta. Divino significaba la naturaleza en tanto que un orden permanente, incambiable, eterna y completamente racional en y por sí mismo. Aún así, el orden de la naturaleza, aunque innato a la naturaleza misma, parecía requerir alguna explicación de su principio ordenador. ¿Cómo es que la naturaleza actuaba como la causa de la naturaleza? Aún si la naturaleza fuera un orden inherente la mente Griega no podía reposar contenta con la mera declaración. Ellos querían especialmente conocer y explicar su causa.

La proposición de Tales de que el agua debiese ser la fuente del orden natural, la causa de todas las cosas, usualmente ha sido recibida con una sonrisa. Su estudiante, Anaximandro, fue quizás algo menos enigmático con su declaración de que un “infinito” o “ilimitado” (*apeiron*) fue el *arche* o primer principio del cual todo lo demás ha descendido. Luego vino Anaxímenes, su contemporáneo más joven, quien dijo que el aire constituía el principio creativo de todas las cosas, y una vez más pensamos “cuán extraño” y rápidamente siguieron las cosas. Sin embargo, dada la noción de que la naturaleza es la razón de la naturaleza, el pensador debe buscar algo innato en la naturaleza para explicar la causa de su existencia. Por todas las apariencias la naturaleza es física y material. Por tanto, la causa de su existencia también debe ser material. Y esa causa debe

12. Guthrie, *Los Primeros Presocráticos*, p. 44.

ser una especie de *una* cosa, pues la naturaleza es una, una unidad. Eso es lo que la define como un orden, todo se acopla en un conjunto. Así que solamente un principio ordenador puede ser la causa de la naturaleza, y debe provenir de la naturaleza. Además, muchos *dioses* serían causa de desorden. En consecuencia, cada uno dio su explicación sobre una cosa en la naturaleza que parecía más adecuada para cumplir el rol de lo primero o principio ordenador.

En verdad estos primeros pensadores de Mileto necesitaban explicar el origen de la vida, específicamente de la vida del hombre. Esto explica las escogencias peculiares seleccionadas para actuar como causas últimas. El agua es necesaria para las cosas vivientes, un sustentador de la vida, separadas de ella las cosas vivientes mueren. El agua rebosa de vida y es una fuente abundante de vida para el hombre. De las cosas naturales que eran indispensables para la vida del hombre y de los animales ninguna parecía más imprescindible que el agua. Esto sería especialmente así para los Griegos quienes tenían la inclinación de ser un pueblo dependiente del comercio marítimo. ¿No sería natural poner la fe en el agua como la última causa del orden natural y de la vida? Mucho de los mismo podía decirse del aire. El aire estaba asociado con la *respiración* que las cosas vivientes superiores necesitan y poseen. Con Anaxímenes parecería que liberar el pensamiento de una divinidad enteramente personal (vivir y respirar) no era fácil, especialmente cuando

llegó a explicar la existencia de otros seres vivientes. La vida debe al menos ser la causa de la vida. Y como la vida está asociada con el alma y el alma es similar al aire, entonces el aire debe ser la última causa tanto de los seres vivientes como no vivientes.

¿Pero qué debiésemos hacer con el “ilimitado” de Anaximandro? Debe decirse que mientras él junto con los otros dos deseaba fuertemente una explicación de la naturaleza que derivara de la naturaleza misma, todavía no podía convencerse a sí mismo de que el orden que experimentaba *en* la naturaleza fuera del todo causado *por* la naturaleza. Pues, ¿cómo podría aquello que es causado (el orden natural) ser al mismo tiempo la causa? En tanto que causada la naturaleza estaba *restringida* o *limitada* a lo que es. Pero el principio de todo lo que es causado debe en sí mismo ser sin causa, es decir, *ilimitado*. Debe también encontrarse más allá de la percepción física del hombre, pues lo que es causado es material y la materia no puede ser al mismo tiempo tanto la causa como lo que es causado. Aún así el hombre debe ser capaz de captarlo con la razón, de otra forma el hombre es dejado con lo desconocido e impredecible, es decir, está de regreso con los dioses. En consecuencia, Anaximandro inteligentemente inventó una explicación que parecería satisfacer la mente del hombre de que la vida y el orden tienen una causa, pero al mismo tiempo la colocó más allá de la posibilidad del descubrimiento por medio de los sentidos del hombre, libe-

rándole de esta forma de la necesidad de inventar extrañas explicaciones materiales como el agua o el aire. También exaltaba al hombre de la razón, pues solamente él entendería el concepto de un “ilimitado” y porqué era necesario para el ordenamiento de la naturaleza.

Para los pensadores de Mileto la formación del cosmos era la clave para explicar el orden que el hombre necesitaba para vivir en el mundo. No querían ningún orden que estuviese a merced de agentes sobrenaturales testarudos y arbitrarios. Solamente creían en el orden que la naturaleza se había dado a sí misma. La naturaleza tenía poderes auto-productores. Para descubrir el orden de la naturaleza era solamente necesario estudiar la naturaleza y ella revelaría sus secretos a la investigación del hombre. El hombre vería que la autogeneración de la naturaleza no requería pausas o intrusiones no naturales en la naturaleza. En lugar de ello la naturaleza se revelaba a sí misma como un orden que se ajusta con precisión a la razón del hombre. La naturaleza era lógica. Cuando se llegaba al punto del origen de la naturaleza los pensadores de Mileto fueron los primeros en una larga línea de pensadores Occidentales humanistas en insistir que “las causas operando en el principio han de ser consideradas como del mismo tipo de aquellas que vemos operando hoy.”¹³ De otra forma el orden

natural se resistiría al control racional, y eso era lo que se demandaba desesperadamente.

Aún así, descansar en un concepto de la naturaleza como un orden autogenerador dejaba abierta la idea de que la naturaleza opera sin ningún propósito o designio, algo que, a pesar de caprichoso, podría al menos ser atribuido a los dioses. Toda explicación de la formación y operación del orden natural fue reducida a la causalidad abstracta desprovista de propósito intrínseco. La causalidad puramente mecánica deja en duda las bases del orden moral. ¿Cómo podría el hombre edificar civilización sin un orden moral? ¿Cómo pudo lo impersonal producir lo personal? ¿En qué punto se acoplan la moralidad y la sociedad con esta perspectiva? La vida se reduce a un asunto del fuerte oprimiendo al débil, al parecer un acontecimiento *natural*. Los primeros pensadores de Mileto habían libertado al hombre de los dioses pero habían fracasado en encontrar las bases para una civilización construida solamente por y para el hombre, un orden en el que la justicia triunfara sobre la injusticia. Quizás fue por esta razón que la tierna filosofía Griega tomó una dirección decididamente diferente con el surgimiento y la expansión del Pitagorismo.

Pitágoras vivía en el extremo opuesto del mundo Griego, en el Sur de Italia (la Magna Grecia), un hombre quien, de ser mencionado, es recordado por sus extraordinarios descubrimientos en el campo de las

13. Guthrie, *Los Primeros Presocráticos*, p. 140.

matemáticas y la música. Después de todo, ¿Quién no ha aprendido el “teorema de Pitágoras” en el estudio de los triángulos? Así que, la mayoría ha querido verle meramente como un inventor en el área de las matemáticas racionales y teoremas armónicos y nada más. Sin embargo, su interés en los números y las magnitudes no tenía ningún propósito *científico* tal y como esto es entendido por el hombre moderno. Como Guthrie correctamente señaló, “No hay campo para separar la religión del lado filosófico o científico en un sistema como el Pitagórico. En contraste con la tradición de Mileto, el sistema Pitagórico emprendió investigaciones filosóficas con el propósito consciente de hacerles servir como una base para la religión.”¹⁴ Pitágoras, en otras palabras, usaba la filosofía como una herramienta para enseñarle al hombre cómo vivir.

En el corazón de las investigaciones y enseñanzas Pitagóricas estaba la creencia de que la filosofía era nada más y nada menos acerca de descubrir y vivir la mejor vida posible. Alejó a la filosofía de las cuestiones especulativas concerniente a los orígenes, o el orden de la naturaleza por sí misma, a un interés exclusivo en el hombre y en el bienestar del hombre. Sin embargo, no era un simple místico, miró la filosofía como necesaria en el proceso de indagación racional. Pero la utilidad de la filosofía yace en lo que

enseñaba acerca del hombre, en particular, lo que enseñaba sobre la naturaleza del alma y su rol en el cosmos. La filosofía era vista como un medio para enseñar la verdad acerca del hombre como nada menos que la *salvación* del hombre, pues la filosofía mostraba que el orden de la verdad en realidad era, al mismo tiempo, un orden de verdad en el alma del hombre. Al descubrir uno el hombre podía estar seguro de descubrir también el otro. La filosofía era el medio para cultivar el alma de manera que se volviera una con la verdad de la realidad, y al hacer esto alcanzar una vida *superior* en un plano eternal.

Para Pitágoras era el alma, la naturaleza interna del hombre, lo que tenía importancia central. ¿Cómo podía el alma encontrar la llave al triunfo de la vida sobre la disolución de la muerte? El alma era el espíritu en el hombre, pero además era mucho más. Su naturaleza como un *poder* ordenador por medio de la penetración racional del orden de la realidad le daba precedencia sobre todo lo demás en la vida del hombre. De hecho, fue Pitágoras quien insistió primero que toda la realidad material, incluyendo el cuerpo del hombre, no era de ningún valor para la mejor vida posible. Solamente el alma, debido a que era inmaterial, importaba. Es más, la materia era una causa de *impureza* (ignorancia) en el alma. Se necesitaba la filosofía para purificar el alma del estigma de la materia. La meta de la vida filosófica debe ser escapar del mundo de la materia y re-conectarse con el mundo-alma, una existencia en la

14. Guthrie, *Los Primeros Presocráticos*, p. 152.

cual la mente armoniosa se encuentra con una racionalidad total y con una coherencia lógica y se torna incapaz de perecer o de errar.

Con el propósito de cultivar el alma era necesario buscar un entendimiento de las estructuras gobernantes del cosmos divino. Uno debe ocupar el intelecto en un estudio de los campos relevantes que se correspondan con el ámbito del orden en el cosmos: teoría del número, geometría, música y astronomía. Pero el conocimiento sobre estas materias no era simple curiosidad. Más bien el alma, por haber adquirido tal conocimiento, pasaría por una transformación, capacitándole a conseguir conformidad con lo *divino*. La filosofía (ciencia), en la visión de Pitágoras, es el medio para la divinización del hombre. Cuando el alma, por medio de mucho trabajo, haya por fin mirado la armonía y el orden del cosmos divino, se volverá ella misma armoniosa y ordenada, una creencia que resurgirá al principio del mundo moderno con el Renacimiento.

Pitágoras no promovió sus ideas como si no tuviesen conexión con la vida del hombre aquí y ahora. En verdad él creía que aquellos que cultivaran sus almas también debiesen ser puestos a cargo de los asuntos humanos, especialmente el estado. Como comenta Eduard Zeller, “Los Pitagóricos se sentían ellos mismos llamados a la orientación espiritual de sus compatriotas – e.d., para gobernar.”¹⁵ Pitágoras mismo había sido

una vez el líder innegable de Crotón, su ciudad adoptiva. Y los Pitagóricos continuaron introduciéndose subrepticamente en posiciones de dirigencia en otras ciudades. En muchos sentidos ellos formaron una sociedad secreta, como los Francmasones de hoy día, con ambiciones de tomar el control de la sociedad humana y construirla según su peculiar visión del orden racional perfecto. No fue suficiente que ellos aspiraran a una salvación individual, se sentían compelidos también a salvar la sociedad. Ninguno de los primeros pensadores Presocráticos dejará una impresión más duradera sobre el propio pensamiento de Platón que Pitágoras. Pitágoras fue el primero en hablar de las elites intelectuales siendo colocadas a cargo de moldear la sociedad de acuerdo con un plan racional que ellos han ingeniado por su propia cuenta. Su legado al Occidente ha sido profundo.

Ninguna discusión de los inicios de la filosofía Griega puede fallar en mencionar a Heráclito y a Parménides. Quizás otros podrían ser considerados, pero estos deben ser incluidos. Pues ellos, más que la mayoría, ayudaron a dar forma al propio pensamiento de Platón y, por lo tanto, jugaron un rol mayor en la formación del intelectualismo humanista Occidental en general. De los dos, Heráclito fue primero. Sin embargo, la solución de Parménides a los problemas introdu-

15. Eduard Séller, *Bosquejos de la Historia de la Filosofía Griega*, (New York: Dover Publications, Inc., 1980), p. 32.

cidos por Heráclito fue aún más significativa en la inspiración de la agenda filosófica distintiva de Platón, que era, a saber, encontrar permanencia y orden en medio del cambio continuo y la degeneración. Por lo tanto, comenzamos con Parménides.

Parménides descendía de una familia próspera y noble de Elea en el Sur de Italia. Su perspectiva de la vida fue moldeada por su trasfondo de clase, pero también por Jenófanes bajo quien estudió y por las ideas de los Pitagóricos. Jenófanes se hizo famoso por su denuncia de Homero y Hesíodo de sus representaciones antropomórficas de los dioses. Indudablemente fue él quien convenció a Parménides que los dioses tradicionales eran principalmente la invención de la imaginación popular, y que uno no podía verdaderamente creer que la vida del hombre dependiera de tales fábulas poco fiables. El camino de la verdad debe encontrarse en la filosofía, es decir, en la habilidad del hombre de contemplar la naturaleza de las cosas con su mente libre de supersticiones o preocupado con asuntos mundanos. Jenófanes enseñó que la naturaleza y la Deidad son intercambiables e inseparables. La Divinidad es idéntica con el *ser* de todas las cosas que solamente la mente *iluminada* puede ver sin prejuicio.¹⁶ Parménides también aprendió la filosofía como la sabiduría de la vida superior de la clase selecta de su amigo Ameinias, el

Pitagórico, quien enseñó que al adquirir conocimiento del orden numérico y de las *formas* armónicas de las cosas Parménides estaría mejor equipado no solamente para ordenar bien su propia vida, sino también la sociedad. El conocimiento era la llave para el poder y el gobierno.

Parménides es probablemente el primer filósofo real en el mundo antiguo puesto que él es el primero de liberar el pensamiento de todo lo que no es enseñado, a saber, por la percepción sensorial. Él es el primero, en otras palabras, en mirar la realidad como el producto de la reflexión teórica, como una abstracción intelectual. Para Parménides el orden del mundo es un orden del Ser que existe solamente cuando y en tanto que la mente del hombre piense en ello. El Ser es lo que *es* y no puede ser observado por la experiencia sensual ordinaria de todos los días la cual se encuentra demasiado influenciada por las *cosas* empíricas. El Ser aparece solamente a la mente en reflexión cuando el hombre cercena su pensamiento de toda experiencia sensual, pues los sentidos perciben muchas cosas que van y vienen y estas no *existen* verdaderamente. El Ser, sin embargo, no cambia o va y viene, sino que permanece siendo lo que es. Solo él es real, porque no está sujeto a principio o fin, llegando a existir o expirando. El Ser no es esto o aquello, sino que es simplemente existencia en general. Todas las cosas tienen parte en el Ser porque son productos del Ser. Aquí estaba la respuesta de Parménides al intento

16. Véase, p.ej., Guthrie, *Los Primeros Presocráticos*, pp. 373- 383.

de los pensadores de Mileto por explicar el origen de todas las cosas. Él proclamó al Ser como la fuente de lo que es pero él mismo es “no creado e imperecedero.”¹⁷

Puesto que el Ser es conocido solamente por medio de una reflexión teológica entonces *es* en tanto que sea *concebido*.¹⁸ Es decir, el Ser es correlativo a la *nous* o mente del hombre. El Ser es lo que el pensamiento percibe cuando todo el proceso de pensamiento ha sido purificado de todas las influencias no intelectuales, es decir, cuando la percepción de los sentidos no es ni requerida ni está presente. Debido a que lo que es sentido parece venir al hombre desde algo externo a él, o al menos es causado por cosas externas, en ese sentido es que es algo en lo cual no se ha de confiar. El hombre no puede estar seguro de cualquier cosa que no provenga completamente de sí mismo. Sin embargo, la *nous* o mente pertenece a él, y su reflexión sobre el Ser de las cosas no se inicia desde una fuente externa sino que surge en su razón y por lo tanto sólo ella es confiable. Cualquier cosa que no sea absolutamente cierta a la mente del hombre es una fuente de todo lo que no es verdadero o erróneo. La Verdad, entonces, se encuentra en la mente del filósofo quien es el sólo capaz de *ver* el Ser. Parménides estaba estableciendo el fundamento para lo que en

Occidente tomaría posteriormente el aura de la autonomía y la infalibilidad en la ciencia. En otras palabras, la especulación crítica es el único medio legítimo para el descubrimiento de la Verdad y la mente no necesita someterse a nada sino a sus propios procesos lógicos.¹⁹ Podríamos decir que Parménides era un Cartesiano antes de Descartes.

El Ser, entonces, no tiene predicados que pudieran describirlo, pues entonces sería visto igual que las cosas materiales. Los posteriores principio y final, cambio y muerte, pueden ser divididos o volverse lo que no son. Los hombres que viven en término de las cosas cambiables son fácilmente engañados y extraviados. Sin embargo, el Ser es inmovible, incambiable; no puede ser otra cosa que lo que es. Es eterno y más allá del tiempo, es decir, “es sin principio ni final.”²⁰ El pensamiento que comprende también se halla más allá del tiempo y el error. En la *nous* o *logos* (razón) del hombre reside la posibilidad de alcanzar un estado eterno, uno que es libre de toda temporalidad y extinción, y también de la ignorancia y el engaño. El Ser para Parménides era el *ens realissimum* (suprema realidad): nada reside más allá del Ser. Puesto que el pensamiento es correlativo al Ser, el pensamiento también participa en su realidad suprema e incambiable. “El Pensamiento no es diferente del Ser;

17. Véase, p.ej., G. S. Kirk y J. E. Raven, *Los Filósofos Presocráticos*, (Cambridge: En la University Press, 1975), p. 273.

18. Kirk & Raven, p. 277.

19. Véase, p.ej., Voegelin, *El Mundo de la Polis*, pp. 207- 214.

20. Kirk & Raven, *Los Filósofos Presocráticos*, p. 276.

pues es solamente pensamiento sobre el Ser.”²¹ Por razón de la *nous* (mente) o *logos* (razón) el hombre se vuelve divino. Ahora él quien es divino es quien *ordena* el cosmos.

Voegelin escribe, “En medio de la especulación la filosofía reproduce el Ser mismo; la amplia esfera del Ser se vuelve la amplia esfera del orden especulativo. La especulación filosófica es una encarnación de la Verdad del Ser.”²² Sin embargo, no cualquier hombre adquiere el status de *ordenador* del cosmos, solamente el filósofo (científico). Confirmado en esta creencia Parménides estableció una dicotomía entre la verdad del Ser tal y como es comprendida por la *razón* del filósofo y la anti-verdad o mentira de lo que llamó la *doxai* (opinión o creencia) de las masas, una distinción que sería ratificada más fundamentalmente por Platón. Aquellos que ven la Verdad por medio de la mente no concluyen erróneamente que el orden es un producto de generación por parte del no-orden. El reino del Ser no es ni material ni físico y por lo tanto no sujeto al cambio ni a la corrupción, sino que precede a las cosas materiales y es la fuente de la existencia de éstas. Tampoco tiene el Ser alguna de las distorsiones de las pasiones o deseos de las criaturas con sentidos. El Ser, como realidad última, es eterno y sin la posibilidad de volverse otra cosa que lo que es. Debido a que el orden del Ser es al

mismo tiempo la “esfera del orden especulativo” del filósofo, entonces el filósofo no yerra en su pensamiento, sino que entiende la verdad de la realidad perfectamente y puede reproducir esa realidad en su pensamiento. Solo él está en una posición de ser capaz de ordenar la vida del hombre, porque él con su razón permanece en la luz mientras otros están siempre en la oscuridad y no miran correctamente. Puesto que el orden de la realidad es el orden de la mente del filósofo y de ningún otro sino del filósofo, otros deben estar en sujeción a su autoridad y poder por su propio bien.

Con Heráclito retornamos al Este, pues él era un descendiente de los gobernantes reales y sacerdotales de Efeso, una ciudad cuya preeminencia reemplazó la de Mileto después de que los Persas la destruyeron. Como miembro de una familia noble de gran historial Heráclito fue criado para verse a sí mismo como distinto y moralmente superior a aquellos por debajo de su posición social, una perspectiva que aparentemente adoptó sin poner reparos. A decir de todos era de una naturaleza altiva y parece haberse propasado en su forma de exhibir su desprecio no solamente por los órdenes sociales más bajos sino también por la marcha general de la humanidad. El hecho de que era dotado intelectualmente solo sirvió para estimular su arrogancia y condescendencia hacia otros y alentar su desdén por la gente que a él le parecían ser como idiotas. Especialmente odiaba las nuevas ideas democráticas que se

21. Zeller, *Bosquejos*, p. 50.

22. Voegelin, *El Mundo de la Polis*, p. 213.

estaban diseminando entre los Griegos de su día, y consideraba al pueblo estúpido e incapaz de dirigir los asuntos del gobierno. Heráclito se retiró de la sociedad a un mundo de puramente intereses intelectuales. Dejó poco material escrito, y lo que tenemos no es probable que estimule su estudio, pues Heráclito tenía una reputación por la complejidad y lo oscuro. “Se deleitaba en la paradoja y los aforismos aislados, expresados en términos metafóricos o simbólicos.”²³ Era un excéntrico, por decir lo menos.

Sin embargo, aunque miraba a la mayoría de los que habían alrededor de él con cordial desdén y no tomó interés activo en los asuntos civiles, Heráclito no era ningún ermitaño o un desapasionado proponente de ideas para su propia causa. Era nada más y nada menos que un *predicador* de la verdad, quien escribía y hablaba como un profeta, como uno que había él mismo viajado a la luz del día y por lo tanto se consideraba a sí mismo especialmente escogido para iluminar a sus congéneres. Heráclito creía serenamente en la filosofía como el verdadero sendero de salvación para el hombre y la sociedad.

Heráclito, en oposición a Parménides, miró al cambio como último, que todas las cosas vienen a la existencia y casi con igual rapidez pasan y que este proceso continuo

era la ley central de la realidad. Sin embargo, el propósito principal de Heráclito era dejar al descubierto el conocimiento de esta ley general del cosmos que produce cambio como la principal verdad de todas las cosas. ¿Qué principio ordenador mantiene el cosmos en medio del aparente caos y el incesante cambio? En particular, ¿Cómo el hombre, quien nace y muere, encaja en la razón de las cosas? ¿Tiene el mundo un propósito y juega el hombre un rol central en él?

Heráclito, junto con Parménides, creía que habían dos clases de hombres: aquellos que alcanzan entendimiento al reconocer y vivir en términos de una sabiduría superior, y a aquellos que viven solamente por lo que experimentan y perciben momento a momento. Para Heráclito el asunto crucial de la verdad se centró en el tema del significado del hombre y de cómo podría alcanzar el status del primer tipo de hombre. El hombre solo se vuelve verdadero hombre cuando ha *ascendido* de las múltiples apariencias de las cosas visibles y tangibles a la esencia invisible e intangible del todo o Uno. Para comprender el proceso del mundo se debe elevar más allá de las meras sensaciones a un nuevo principio de orden – el *logos*.²⁴ El principio interno de realidad última, que existe más allá del flujo constante del cambio externo, y que gobierna la naturaleza de todas las cosas de acuerdo con una agenda oculta, se debe

23. Guthrie, *Los Primeros Presocráticos*, p. 410.

24. Kirk & Raven, *Los Filósofos Presocráticos*, pp. 187, 188.

encontrar en algo llamado “*mundo-orden*.”²⁵ El mundo-orden (orden del mundo) es el principio conductor del cambio, el “fuego” divino (e.d., “eterno”), a partir del cual y a por medio de pelea y confrontación el orden o cosmos del mundo es repetidamente alcanzado y garantizado. El hombre es un participante en este proceso porque posee en sí mismo la naturaleza del alma o razón como chispa del mundo-orden. Cuando por medio de gran esfuerzo intelectual haya hecho a un lado todas las superfluidades del cuerpo y la materia y haya ascendido al Uno entonces será capaz de vivir en términos de la realidad superior de la vida ordenada, esto a pesar de la transitoriedad de todas las cosas materiales.²⁶ Heráclito enseñó que la vida que merece ser vivida es solo la vida en la cual el hombre ha *cultivado* el yo y de ese modo se haya vuelto una parte del poder ordenador de la Razón. Ese hombre entonces estará en una posición de retornar al mundo de los asuntos prosaicos para organizar todo de acuerdo con su perspicacia superior.

Voegelin indica lo que esto significará para Platón: “En Heráclito la idea de un orden del alma comienza a formar lo que Platón desarrolla como el principio perenne de la ciencia política, a saber, que el orden correcto del alma por medio de la filosofía suministra los estándares para el orden correcto de la sociedad humana.”²⁷ Pero lo

que fue cierto de Heráclito fue igualmente cierto de todos los Presocráticos hasta llegar a Platón. La idea de una estándar de verdad el cual el alma capta por medio de una poder intelectual innato y autónomo se tornó la base fundamental sobre la cual un nuevo orden humanista sería posible. El mediador de aquella verdad para con la sociedad no iba a ser otro que el filósofo quien ha penetrado con su pensamiento el misterio de la naturaleza y descubierto el *logos* o razón de toda realidad. No habría otra *verdad* disponible para la humanidad sino aquella descubierta y expuesta por el filósofo. El hombre había alcanzado el lugar principal en el cosmos.

4> *La Agenda de Platón*

Como era dicho que todos los caminos en el mundo antiguo dirigen a Roma, así también, en el ámbito del pensamiento Griego todas las avenidas dirigen a Platón. Platón no es un mero contribuidor al edificio de las ideas Griegas; él es la culminación del pensamiento Griego, la suma de todos aquellos que le han precedido. Todas las varias hebras de ideas anteriores están tejidas juntas en su pensamiento; sin embargo, al mismo tiempo, son transformadas por Platón en un tapiz que representa una maduración final de sus puntos de vista y una indicación más clara del humanismo interior que los pensadores Griegos estaban esforzándose por

25. Kirk & Raven, p. 199.

26. Kirk & Raven, *Los Filósofos Presocráticos*, p. 207.

27. Voegelin, *El Mundo de la Polis*, p. 227.

alcanzar. El *Platonismo* es el producto lógico del ideal filosófico.

Platón, por ejemplo, estaba completamente en acuerdo con el *naturalismo* de la escuela de Mileto con respecto a la formación del cosmos. El mundo, también creía él, era un orden natural que tenía las bases de su existencia y estructura en sí mismo. Si se apartó de ellos a causa de su crudo *materalismo* fue solamente porque llegó a creer, de otras fuentes, que la naturaleza como un sistema ordenado era algo más que mera materia. Era primariamente *idea*, un producto de la mente o del intelecto. No que lo visible pudiera ser contado como naturaleza, sino solamente aquello que era invisible y comprensible a la razón podía ser llamado naturaleza, pues el orden no se derivaba de la materia pero debía encontrarse en la *forma* de las cosas materiales. Esto lo aprendió Platón de los Pitagóricos y de Parménides quien habló de la realidad última como residiendo más allá de la apariencia de las cosas, una realidad descubierta solamente al abstraerse del mundo de la materia. Solo la mente o la razón era capaz de penetrar a la naturaleza real que yace oscurecida detrás de la imagen física externa percibida por los sentidos. Toda verdad debía encontrarse allí y en ningún otro lugar. Solamente aquellos que han ido en pos del camino de la filosofía habrían de llegar a conocer la verdadera realidad de todas las cosas.

Por lo tanto, la preeminencia del conocimiento filosófico sobre otros tipos de conocimiento también llevó a la creencia de que los filósofos eran superiores a otros hombres y debiesen ser responsables por regir sobre ellos para su propio bien y el bien de la sociedad. Mientras algunos pensadores parecían alejarse de los asuntos terrenales para ocuparse en reflexión sin distracciones, casi todos ellos no tenían nada sino desprecio por las masas quienes pasaban su vida a la caza de comodidades materiales y placeres, siendo incitados solamente por sus pasiones y deseos lo cual llevaba a continuas disputas. Eran constantemente motivados a formar facciones, intrigas, guerras y rivalidades por celos. En lugar de estar en control de sí mismos y vivir en armonía y paz en sus comunidades, estaban siempre en reyertas y pleitos. ¿Cómo podían ellos gobernarse a sí mismos careciendo como carecen de un verdadero conocimiento de la naturaleza de todas las cosas? Puesto que solamente los filósofos poseían tal conocimiento, era simplemente natural que ellos debiesen estar a cargo de los asuntos civiles y sociales. Platón adquirió esta noción de que los filósofos debiesen gobernar en la sociedad principalmente de Pitágoras quien también sostenía que los filósofos no debían rendir cuentas a los gobernados. Su incuestionable comprensión de la verdad era suficiente, pues el verdadero conocimiento estaba necesariamente oculto para algunos excepto para los filósofos, siendo éste demasiado recóndito para la gente ordinaria.

Finalmente, Heráclito enseñó que la realidad era el producto de la lucha constante, y que, desde el punto de vista material, el mundo y la experiencia del hombre eran un flujo, aleatorio y sin significado, un proceso de descomposición y degeneración perpetuo. Fue siempre un pensamiento preocupante para los antiguos Griegos contemplar la idea del triunfo del caos sobre el orden. El hecho de que todo alrededor de nosotros se encuentra en constante cambio, que el hombre, en particular, nace, se hace viejo, y muere pareciera indicar que el caos era al menos igual, si no superior, al orden. Sin embargo, Heráclito creía que el orden se yergue prominente sobre el aparente flujo de todas las cosas por la razón de que todo cambio es determinado por una ley o principio que obliga a que el cambio ocurra de tal forma que el orden constante y eternamente procede de él. Hay un principio de orden gobernando el flujo. Lo que es más, el filósofo puede descubrir esa ley y emplearla como un principio ordenador para los asuntos humanos. Inspirado por esto Platón creía con confianza que, aún cuando la sociedad en su día fuera mala o podrida, sin embargo sería posible encontrar la llave para la salvación de la sociedad siguiendo líneas que estuvieran más a tono con la ley de la realidad última y por ende con la verdad perfecta. En otras palabras, Platón creía posible detener el cambio que para él significaba solamente corrupción y a partir de allí realizar la sociedad humana perfecta²⁸ (e.d., incambiable e incorruptible).

Platón estaba claramente imbuido de las ideas de los primeros pensadores Griegos. Otro pensador que tradicionalmente se piensa haber sido la más importante de las influencias que moldearon la agenda de Platón fue Sócrates. Sócrates representa una corriente diferente de pensamiento, a saber, la de la reforma moral. El asunto estaba lejos de ser meramente académico, pues Sócrates y Platón, su contemporáneo más joven, vivieron en tiempos tumultuosos. El período vio a las ciudades-estado Griegas hundidas en guerras intestinas – la Guerra del Peloponeso. Platón especialmente se encontraba profundamente turbado por la agitación social y la inestabilidad política que miraba en su nativa Atenas como resultado de esta condición. Él necesitaba, como Homero, ser capaz de diagnosticar las causas del desorden y, si fuese posible, descubrir una cura para la enfermedad moral que él creía era la razón del trastorno que afligía la sociedad en la cual vivía. Para Platón la filosofía asumió una importancia más allá del deseo de entender el mundo como una especie de curiosidad intelectual. Más bien, la filosofía era la llave, el único medio posible, para armar el desorden social y moralmente fragmentado una vez más. Como Platón lo expresó en su *República*, “a menos que el poder político y la filosofía coincidan... no puede haber fin de los problemas políticos... o aún de los problemas

28. Karl Popper, *La Sociedad Abierta y Sus Enemigos*, Vol. I, *El Período de Platón*, (Princeton: Princeton University Press, 1971), pp. 18- 56.

humanos en general... no hay otro camino para un individuo o una comunidad para alcanzar la felicidad.” (473d,e) La filosofía tenía consecuencias prácticas inmediatas y una tarea urgente que desempeñar. Platón miró la empresa filosófica como viéndoselas con la restauración del orden político, como un mensaje de salvación, por medio de un bien regulado “amor por la sabiduría.”²⁹⁹ Este programa de filosofía Platón lo recibió, en parte, de Sócrates.

Es difícil, sino imposible, entender a Sócrates y su auto-asignada misión Socrática a menos que sepamos algo de los tiempos en los que vivió y la condición de la sociedad (especialmente en su nativa Atenas) de la cual él era parte. Sin embargo, una explicación adecuada está más allá del ámbito de esta obra. Suficiente decir que Sócrates vivió en un tiempo cuando, como dijimos, la sociedad Ateniense estaba experimentando confusión. La política de la ciudad estaba controlada por la *demos*, al parecer un cuerpo electo de ciudadanos que eran responsables por todas las decisiones del gobierno y la política. En lugar de estar bajo la absoluta autoridad de un hombre, o grupo de hombres, las mismas gentes, por medios democráticos, decidían sobre todo lo que concernía a la vida y bien de la *polis*. Aunque este ideal democrático permitía al pueblo expresarse en el gobierno, al mismo tiempo

abría la puerta a intensas rivalidades políticas entre varios individuos ambiciosos que querían influenciar la dirección del estado y persuadir al pueblo que ellos podían dirigirles mejor para su propio bien. Tales rivalidades dieron lugar a facciones que, para alcanzar sus propósitos, a menudo recurrirían a casi cualquier medio disponible con poca consideración de las consecuencias morales. De más está decir que las consecuencias fueron lo que podríamos esperar, un quebrantamiento del orden y una lucha por el poder. En la mente de aquellos que, como Sócrates, miraron la corrupción moral a la cual la *democracia* parecía dirigir, esto levantó serios cuestionamientos sobre si era posible alguna clase de reforma con el propósito de *salvar* la sociedad. ¿Sería posible descubrir un conjunto de principios que actuaran como un estándar de lo correcto y lo erróneo? ¿Principios que estuviesen fundamentados en la naturaleza de las cosas y que no fueran el producto de la convención humana y social? O, ¿era la verdad moral meramente un asunto de costumbre como los Sofistas habían declarado y, por lo tanto, sujeta a las necesidades del momento, no siendo ni absoluta ni permanente? En otras palabras, ¿no tenían los hombres estándares por los cuales vivir más que el estándar de la auto-indulgencia; y, si es así, entonces cómo es posible escapar a la degeneración del orden social y el colapso del caos? ¿Cómo podrían los hombres verdaderamente alcanzar el bien para sí mismos si no había acuerdo sobre qué constituía el bien, o si el bien era meramente lo que cada

29. Eric Voegelin, *Orden e Historia*, Vol. 3, *Platón y Aristóteles*, (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1983), p. 5.

uno decidiera por sí mismo? ¿Se volvería la sociedad simplemente una batalla por parte de un grupo para imponer su voluntad sobre los otros por la fuerza? Estos eran los grandes dilemas morales que enfrentaba Sócrates quien se creía el mismo especialmente llamado para inquietar la complacencia de sus compañeros Atenenses y exponer su peligro si fallaran ellos en resolver el problema del relativismo moral que estaba minando la estructura social.

Sócrates mantenía que el problema de la conducta moral era un problema intelectual. Él creía que los hombres no cometían actos inmorales porque quisieran, o porque esté en su naturaleza o algo así. Más bien ellos actúan estrictamente a partir de la *ignorancia* de lo que es verdaderamente para su propio bien. Todos los hombres, también creía él, actúan para alcanzar un propósito de algún bien que esperan ganar al actuar de esa forma. El problema es que lo que los hombres usualmente piensan que es para su propio bien en realidad resulta ser para mal. Esto es especialmente cierto con respecto a las injusticias que sus acciones producen en la sociedad. Si las acciones de los hombres promueven las injusticias, es porque no saben claramente lo que es un acto justo. Para mucha gente la justicia significaba obtener cualquier cosa que quisieras sin considerar las consecuencias. La injusticia, entonces, es ser privado de lo que tú crees que te mereces. En consecuencia, la justicia no es acerca de motivos o carácter, sino solamente

acerca de obtener lo que uno quiere. Pero Sócrates enseñaba que la justicia no se trata del cumplimiento de los deseos momentáneos, sino que tiene que ver principalmente con lo que somos por naturaleza. Si a los hombres se les enseña apropiadamente la justicia tal y como es prescrita por el orden natural, se volverán justos en sus naturalezas, y, en consecuencia, nunca cometerán actos injustos. Para Sócrates el asunto era claro como el agua; ser justo es hacer lo que es justo. La solución a los males de la sociedad dependía de que todos los hombres adquirieran conocimiento del bien moral, pues aquellos que conocen el bien harían siempre el bien. Sócrates era un gran optimista en el tema de la reforma moral. La educación, una premisa básica que heredó de sus predecesores, era la gran solución a la regeneración de los hombres y las sociedades afligidas por la corrupción moral.

Aquí encontramos algo llamado el “problema Socrático.” Sócrates creía que la iluminación moral era el único medio a la reforma moral de la sociedad. Sócrates también creía que todo hombre poseía en su propia alma racional la fuente singular del poder instructivo. “Todo hombre ha de vivir una vida racionalmente ordenada, deliberar y decidir y actuar de acuerdo a los dictados de sus decisiones.”³⁰ Ninguno podría obligar a otro a aceptar lo que no era del todo acepta-

30. George Klosko, *El Desarrollo de la Teoría Política de Platón*, (London: Methuen & Co. Ltd), p. 31

ble a su propia racionalidad autónoma. Por lo tanto, para alcanzar esta meta era necesario usar una clase especial de persuasión, llamada *elencos*, el arte de la refutación. Sócrates entraría en un diálogo o argumento verbal con cualquiera que mostrara disposición para poner a prueba sus convicciones sobre cualquier asunto ético. Sócrates tenía poca duda de que su método de discusión y análisis de todos los tipos de pensamiento actuaría necesariamente como un medio efectivo de enseñar a la gente a pensar por ellos mismos. Cuando aprendan a hacer esto indudablemente actuarán de acuerdo con su verdadero bien antes que con su falso bien por el cual usualmente se comportaban antes de que hubiesen, con la asistencia de Sócrates, pasado por un proceso de instrucción. Todo dependía en hacer que la gente se volviese a su racionalidad innata y, por medio de esta luz interior, adquirir el conocimiento moral que entonces producirá buenas acciones morales. Sócrates creía que el adquirir iluminación no solamente era posible sino necesario para *todos* los hombres, pues todos los hombres tienen la misma naturaleza racional.

Sócrates creía que su tarea era capacitar a sus compañeros Atenienses “a despertar ... a la importancia de tomar cuidado por sus almas, un cuidado para la virtud.”³¹ Cada individuo debe reconocer la necesidad de dedicarse a un proceso de auto-crítica como

el único medio por el cual descubrir aquellos principios morales que gobernarán sus vidas, y harían esto solamente bajo la guianza de uno cuya propia alma hubiese sido ya *noblemente* formada, es decir, por Sócrates mismo. Sócrates actuaría como una comadrona para aquellos que poseyeran la chispa de la verdad en sus propias almas, pero que estaba apagada por los prejuicios de la *demos*, el pueblo. Él procedería por medio de un programa de uno-a-uno, pues Sócrates no cree posible persuadir a la gente *en masse*. Así pues, él ni se dirige al pueblo como un todo ni expresa la creencia de que la reforma moral pueda ser alcanzada por reformar primero a la sociedad, en otras palabras, por la promulgación de programas políticos para obligar a la gente a vivir de acuerdo con la buena moral. Esta es principalmente la razón por la cual Platón presenta a Sócrates en formato de diálogo; él quería mostrar como Sócrates creía que la filosofía debía ser inculcada en almas nobles. Un alma noble, por medio del formato de diálogo, guiaría a la siguiente a un entendimiento de la verdad filosófica. Se requiere una conversión a la vez, pues el descubrimiento del conocimiento moral no era ni simple ni fácilmente obtenido.

¿Sería posible llevar a cabo tarea tal dados los fuertes prejuicios del pueblo? ¿Es concebible que todo individuo pudiese ser liberado de las falsas opiniones que moldeaban a las masas como un todo dada la noción de que la gente era incapaz de conocer lo

31. Klosko, p. 166.

que era verdaderamente bueno para ellos mismos? ¿Era Sócrates, quizás, un poco demasiado optimista de que podría alcanzar su meta dirigiéndose a cada persona individualmente? Platón, desde luego, no compararía el optimismo de Sócrates cuando se trataba del tema de convertir a *toda* la gente. Claro, él creía junto con Sócrates de que la razón podría alcanzar la regla dominante en el hombre y así capacitarle para controlar sus apetitos. Pero era demasiado esperar que todos y cada uno lo alcanzaran. Es más, Platón era demasiado consciente en lo que respecta a las clases para creer que cada individuo poseía una chispa igual de verdadero conocimiento dentro de su propia alma. Más bien, él creía que “las verdades más exaltadas están accesibles al hombre, pero solamente a los pocos altamente privilegiados. Puesto que solamente el filósofo puede alcanzar tales alturas, los muchos debían ser esclavizados a los pocos si es que iban a participar en absoluto de la divina inteligencia.”³² El ideal Socrático de que cada individuo debía cuidar de su propia alma debe ser descartado. En su lugar Platón erige un sistema estatal en el cual unos pocos cuidadosamente instruidos y con almas nutridas serán puestos a cargo de todo lo que concierne a las relaciones del hombre con sus congéneres. Como explica Klosko:

32. Klosko, *El Desarrollo de la Teoría Política de Platón*, p. 166.

Mientras que Sócrates visionaba una colectividad de almas libres y autónomas, con cada individuo buscando para sí mismo el conocimiento que es virtud, Platón mira una ciudad de gente rigurosamente controlada teniendo virtud impuesta sobre ellos desde el exterior. En el estado ideal solamente los filósofos poseen autonomía moral, y aún en sus casos esto es posible solamente porque ellos están sujetos a riguroso condicionamiento desde sus días de juventud.³³

La agenda de Platón conllevaba la creencia en la filosofía como la herramienta intelectual por la cual unos pocos de la elite serán entrenados para gobernar absolutamente sobre los muchos ignorantes para el supuesto bien del orden social. Los gobernantes-filósofos tendrán conocimiento moral correcto porque ellos, y solo ellos, verán su “naturaleza permanente e invariable.” (479e) “Puesto que los filósofos son aquellos que son capaces de aprehender aquello que es permanente e invariable, mientras que aquellos que no pueden, aquellos que deambulan erráticamente en medio de la pluralidad y la variedad, no son amantes del conocimiento, ¿cuál conjunto de entre el pueblo debiesen ser los gobernantes de una comunidad?” (484b) Para Platón la única respuesta era demasiado obvia. Los filósofos deben gober-

33. Klosko, *El Desarrollo de la Teoría Política de Platón*, p. 129.

nar, y la gente debe ser gobernada. Algún veces Platón va tan lejos como llamar a los últimos *esclavos* de los filósofos-gobernantes. A menos que los filósofos gobiernen no habrá fin a las dificultades, a la corrupción y al desorden. Solo la filosofía puede asegurar la *salvación* del hombre y la sociedad. La razón de aquellos que son apropiadamente educados y les ha sido enseñado el conocimiento *científico* del *todo* de la realidad (475b) estarán en una mejor posición para erigir orden y prevenir el caos.

Con Platón “el legado Griego” por fin apareció en toda su gloria. Platón rompió los últimos vínculos para con los *dioses*, esto es, de cualquier otra fuente de orden para el hombre y la sociedad que no fueran los poderes racionales inherentes del hombre. Al mismo tiempo, colocó al hombre y a la sociedad en sometimiento a nuevos dioses, a saber, a las elites científica y filosóficamente entrenadas quienes, debido a que poseían verdadero conocimiento de la realidad última, esto es, la *idea* o *forma* que yace oculta detrás de todo lo que se aparece, deben ser puestas a cargo de crear las condiciones utópicas que ningún caos o corrupción puedan destruir. Presumiblemente Platón tenía gran fe de que sus filósofos-gobernantes, quienes comprenden la verdad invariable, impondrían entonces esa *verdad* sobre el mundo y el hombre con un interés en el Bien por causa propia y no por razones de ganancia personal. Es, sin embargo, un optimismo no menos desubicado de aquel de

Sócrates, aún así este ideal de la regla de la razón por medio de agentes especialmente escogidos y cultivados echaría raíces profundas en la conciencia del hombre Occidental. Para muchos en la historia Occidental la *razón como poder* volvería vez tras vez para inspirar confianza y moldear los procesos de la cultura.

Incuestionablemente, algunos objetarán vigorosamente la noción de que la culminación del legado Griego es alcanzado con Platón. Después de todo, ¿qué de Aristóteles? Lo que es más, ¿quién podría ignorar los posteriores desarrollos del Estoicismo, el Epicureanismo, y finalmente, el Neoplatonismo? Hay efectivamente más del legado Griego que Platón. Sin embargo, aunque surgen grandes diferencias en detalles filosóficos entre Platón y, especialmente, Aristóteles, no es posible aseverar que exista una distinción fundamental en el ideal filosófico en sí. Aristóteles, es cierto, estaba insatisfecho con problemas en el pensamiento de Platón, pero no difiere con él en la premisa básica de que la filosofía o la ciencia debiese ser la fuente del orden para el hombre y su mundo. Aristóteles con el tiempo distinguiría entre el teórico y el político, el pensador y el actor, pero no cuestionaría la necesidad de que el segundo fuera gobernado por las ideas del primero. Para ambos, Platón y Aristóteles, el mundo debe ser construido por el intelecto del hombre si este va a llegar a ser adecuado para la vida del hombre. Otras *divinidades* son relegadas al mundo de la necesidad conceptual.

Es decir, cualquier *dios*, si existe, simplemente provee un punto teórico de partida en el esquema de los orígenes causales del orden natural. Pero tal dios es un mero concepto limitante, necesitado solamente para explicar el necesario punto de partida. Después de todo, sin embargo, el intelecto del hombre asume e interpreta la realidad inteligible por el poder de las ideas abstractas. Para todos los pensadores Griegos el orden especulativo era el orden de la realidad y viceversa, un hecho que probaría ser de no pocas consecuencias para el posterior desenvolvimiento de la civilización Occidental.